Aún queda mucho por hacer

Lale Yalçin-Heckmann

Observaciones sobre la vida cotidiana de las mujeres en un campamento de refugiados:

Mujeres Kurdas en la frontera Turco-Iraqui

Durante la celebración del congreso "Estrategias de mujeres contra la opresión, la guerra y el armamentismo" celebrado en marzo de 1991 en Nuremberg (Alemania), la guerra del Golfo había concluido oficialmente. Los kurdos, sin embargo, habían iniciado una rebelión militar en la zona norte del Iraq. Esta vez se trataba de una guerra de liberación contra el régimen de Sadam Hussein. Los kurdos exiliados en el extranjero estaban eufóricos y esperanzados. Sin embargo, como pueblo con experiencia de guerras y derrotas, algunos eran escépticos y pesimistas. La derrota se produjo a finales de marzo de 1991. Las razones de esta derrota continúan siendo objeto de controversias. Aunque sólo poseemos unos conocimientos limitados del desarrollo de la rebelión kurda, hay algunos principios e intentos de explicación. "Una tragedia", "pueblo traicionado por Occidente y por todo el mundo", "desgracia de un pueblo traicionado" eran los términos que se podían escuchar con más frecuencia. Nos quedamos horrorizadas viendo las imágenes de televisión que mostraban a niños temblando de frío; estábamos confundidas al ver la transmisión de un concierto de música rock alternando con imágenes de los campamentos de refugiados. Y leíamos con sorpresa los informes en la prensa de que la ayuda material concedida a los refugiados kurdos era mayor que la ayuda contra el hambre otorgada a Africa, y que los europeos estaban cansados de tantos llamamientos pidiéndoles ayuda y donativos. Las imágenes e informes sobre la situación del pueblo kurdo eran para mí particularmente conmovedores y tristes. Los habitantes y la hermosa regiónque había conocida 10 años atrás, habían pasado a ocupar el centro de los acontecimientos. La zona fronteriza entre Turquía e Iraq constituida por la provincia de Hakkari tuve oportunidad de conocerla muy bien durante mi estancia allá durante dos años con ocasión de un proy ecto de investigación. Desde la finalización de aquel proyecto en el año 1982 he visitado varias veces la provincia y he seguido atentamente su evolución.

A finales de mayo de 1991 viajé por diversas razones a Hakkari. Por una parte quería visitar a unos antiguos amigos y conocidos que vivían allí y que podían informarme sobre su situación y las perspectivas de los refugiados. Por otra parte quería visitar un campamento de refugiados

para poder hacerme una idea real de su situación, tantas veces repetida en la historia del pueblo kurdo. Huir se ha convertido en algo cotidiano para el pueblo kurdo. Esta vez, sin embargo, ha sido una huida masiva

y precipitada. Mujeres, hombres y niños de todas las clases sociales tuvieron que huir de un día para otro: Médicos, estudiantes, maestros y profesores, soldados que habían combatido en la guerra del Golfo en las filas del ejército iraquí, el alcalde de la ciudad de Dohuk, los habitantes del norte del Iraq que habían sido trasladados con anterioridad de sus poblaciones originarias, grupos de confesión nestoriana que habían huido 70 años atrás de Hakka ri al Iraq, y que ahora volvían a su antigua tierra.

El campamento que visité, situado en el hito fronterizo numero 49, se creó a principios de abril y existió hasta mediados de junio. Durante las primeras semanas de abril se llegaron a reunir allí hasta 100.000 personas buscando refugio. Cuando llegué al campamento de refugiados el 27 de mayo de 1991, las autoridades estimaban que el número de personas que habán buscado refugio en el campamento era de aproximadamente 35.000. Dos semanas antes de mi llegada al campamento, el Comité de Naciones Unidas de Ayuda a los Refugiados había comenzado a trasladar a los kurdos a los campamentos instalados en las zonas de seguridad establecidas en territorio iraquí bajo protección y control aliados. Camino del campamento de refugiados puede ver los camiones que trasladaban a niños, mujeres y hombres al Iraq. Las personas no parecían desesperadas, aunque sí preocupadas por la incertidumbre de su destino.

Encuentros

No todos los refugiados con los que hablé vivían en campamentos. Algunos habían encontrado acogida en casas de familiares y conocidos en los pueblos cercanos y en la ciudad Hakkari. Las fonteras estatales en esta región sólo son fronteras de carácter político; los lazos familiares y amistosos, reforzados por matrimonios, relaciones entre tribus y las visitas mutuas, existen a pesar de las fronteras políticas.

Los primeros kurdos iraquíes los encontré en la misma tarde noche en que llegué a Hakkari. Nos dirigimos a una casa situada en las afueras de la ciudad y despertamos a sus habitantes. Una anciana, conocida de mi acompañante, nos recibió en seguida, despertando a las demás mujeres alojadas en la casa. Hicieron té. Mientras tomábamos té, conversamos con las personas alojadas en la casa: Rajab y su esposa Roj vivían desde hacía una semana en una habitación propia en la casa.

A pesar del escaso espacio disponible, los habían acogido dándoles una habitación propia por tratarse de una pareja de recién casados. Rajab era médico en la ciudad de Dohuk (Norte del Iraq) y había colaborado

durante cinco semanas con organizaciones médicas internacionales como "Medicos Sin Fronteras" Prometió ayudarme en la selección de los medicamentos que quería adquirir con los donativos que traía de Nuremberg.

Roj, la guapa esposa de Rajab, también asistió a nuestras charlas. Aunque tenía fiebre elevada (Rajab la había llevada al hospital para que la examinaran), y a pesar de su somnolencia, no dejó de bromear con mi acompañante de Hakkari, preguntándole cuándo iba a adoptarla. La adopción, alegando la existencia de lazos familiares entre los kurdos del Norte del Iraq y los de Turquía, es una vía para acceder a la nacionalidad turca. A través de una adopción, Roy y Rajab podrían quedarse en Turquía. Roj había nacido en el seno de una gran familia en la ciudad de Dohuk y asistía a clases de Educación General Básica. Su padre era propietario de una gasolinera. Todos huyeron juntos. Rajab, con quien estaba prometida, la encontró por casualidad durante la huida. El padre de Roj decidió volver inmediatamente a Dohuk, una vez que las tropas estadounidenses hubieron establecido la zona de seguridad. La vida en las tiendas de campaña era demasiado dura para sus numerosos hijos pequeños. Rajab, que había servido durante casi cinco años en el Ejército Iraquí, no quería volver de inmediato. Con la ayuda de conocidos y amigos logró convencer al padre de Roj para que accediera al matrimonmio inmediato de ambos. Fue una boda muy modesta; faltaron casi todas lo s festejos habituales y típicos de tal acontecimiento, y también brillaron por su ausencia la animación y alegría características del mismo. Noté que Roj echaba de menos a sus familiares y amigos. No sólo sufrió los horrores de la huida; también tuvo que vivir en soledad la transcental experiencia que significa el cambio de status de mujer soltera a mujer casada, uno de los ritos y acontecimientos más importantes en la vida de una mujer kurda.

Al día siguiente conocí en un comercio de Hakkari a un joven peshmerga, un guerrillero kurdo. Estaba discutiendo acaloradamente con varias personas. Ahmed, así se llamaba el joven peshmerga, quería casarse. Su novia, cuya fotografía ví más tarde, era maestra en Dohuk. Llevaban 14 años prometidos. Pero como siempre se encontraba en las montañas y ella vivía en la ciudad, no habíantenido hasta ahora ocasión de contraer matrimonio. Ambos eran ahora refugiados y Ahmed trataba de movilizar a amigos y conocidos para convencer a la madre de la novia de que permitiera el matrimonio.

Sin embargo, el escaso tiempo disponible no permitía trabar un conocimiento más profundo con las personas. Lo que más me impresionó

de la vida en el campamento fue el gran número de personas que convivía allí y su fuerte afán por restablecer la normalidad en sus vidas cotidianas: lavar la ropa, barrer el interior y exterior de la tienda de campaña, traer agua del pozo. Encontré numerosos indicios de cómo las mujeres intentaban crear, en medio del anonimato del enorme capamento de refugiados, una habitación o espacio privado: con unas cuantas plantas y flores en unas latas, el orden cuidadoso de sus pertenencias, la ropa y los niños limpios. Aunque, desde luego, conservan sus lazos de colectivo: Los niños pequeños y los adolescentes se dedicaban a vender en "la calle central del campamento" las hojas de parra frescas que habían recolectado. En cada tienda, las mujeres preparaban las hojas de parra rellenas. Una mujer, que visitamos brevemente en su tienda, nos mostró cómo se preparan las hojas de parra. Su bebé de dos semanas dormía a su lado, en una caja que había servido para transportar tomates. Varias mujeres de confesión nestoriana nos dieron a probar las hojas de parra. ¡Deliciosas! ¿Cómo sabían estas mujeres qué hierbas eran adecuadas para condimentar sus hojas de parras? ¿Cómo eran aún capaces de ocuparse de buscar hierbas finas para la comida, en vista de su situación?

Para muchas mujeres kurdas, huir es algo cotidiano. En el campamento pude ver y comprobar su sufrimiento, pero también su fortaleza. No se trata de saber quién es el responsable y causante de este sufrimiento, o de quién sufre más, los hombres o las mujeres. Algunas de estas mujeres, seguro que también participaron en la sublevación kurda. Las mujeres que forman parte de la guerrilla kurda, son "el honor del pueblo kurdo y de su lucha por la libertad", se escucha desde las diferentes organizaciones políticas kurdas. Mucho menos se habla, sin embargo, sobre la dureza de la lucha por la subsistencia que llevan las m ujeres mientras los hombres se encuentran combatiendo en la guerrilla, cuando las mujeres, tras una derrota de los guerrilleros, mueren en sus pueblos víctimas de los ejércitos enemigos o deben huir. El restablecimiento de la normalidad cotidiana es uno de los puntos fuertes que las mujeres kurdas dominan a la perfección. Están tan habituadas a la huida que, en cualquier momento, son capaces de preparar un horno para cocinar sus comidas en el suelo. Pero, deben pagar un precio muy elevado: muchas mueren durante el parto en el campo, otras mueren de hambre durante su huida porque guardan la comida para sus hijos. Y todavía no se ha dicho nada sobre sus sufrimientos psíquicos. Sin las guerras, estas mujeres podrían encauzar su fortaleza y su creatividad en beneficio de la creación de un mundo mejor.